

FEDERICO ANDAHAZI

Los amantes
bajo el Danubio
Novela

 Planeta

Budapest, 1944

Había pasado mucha agua bajo el puente desde los tormentosos acontecimientos que precipitaron el divorcio. Durante los últimos diez años Hanna y Bora levantaron un muro con la piedra del silencio y la argamasa del rencor. No habían vuelto a verse desde el día en que salieron de los tribunales, cada uno por su lado, con la sentencia del juez bajo el brazo. Sin embargo, después de tanto tiempo de fingida indiferencia, una vez más, Hanna y Bora volvían a cruzar juntos el viejo Puente de las Cadenas que unía Buda con Pest.

En el pasado, durante los días felices, todos los domingos al atardecer emprendían el largo regreso desde la casa de campo hacia la ciudad. Tibor, el chofer de la familia, conducía en silencio el Mercedes azul como el Danubio. En aquellas épocas lejanas, el matrimonio iba plácidamente recostado en el asiento trasero, aislado por el vidrio que dividía la cabina. Ella apoyaba la cabeza sobre el hombro de él. El pelo de Hanna se precipitaba como un torrente de cobre sobre la solapa del traje claro de Bora. Rodeada por el brazo protector de su esposo, la mujer canturreaba una canción mientras al otro lado del puente surgían las cúpulas del Bastión de los Pescadores recortadas contra el cielo rojizo del crepúsculo.

El amplio baúl del coche no alcanzaba para guardar los utensilios de pintor que Bora siempre llevaba consigo: bastidores, telas, maletines repletos de óleos, pinceles, el caballete de viaje y la banqueta plegable. Al regreso venían aún más

cargados que a la ida: los cazadores que establecían coto en los bosques de la familia solían regalarle varias codornices, un par de cervatillos y algunas pieles de zorro. Cada vez que iban al campo, Tibor colocaba sobre la tapa del baúl un cofre de madera lustrada sujeto con cintos de cuero y hebillas de bronce para repartir la carga entre ambos. Aquellas sencillas ofrendas, semejantes a los motivos de las porcelanas que adornaban las cocinas de los campesinos, eran una metáfora de la abundancia y la felicidad.

Ahora las cosas eran bien diferentes. Viajaban separados, sin mirarse ni dirigirse la palabra. Era el viaje más difícil que les tocaba emprender. Esta vez Hanna no iba junto a Bora en el asiento purpúreo sino escondida en el baúl, debajo del cofre junto a los animales muertos, cubierta por las pieles y los bastidores. No estaba sola; doblado como un contorsionista también viajaba Andris, su marido en segundas nupcias.

Tibor conducía impávido como si desconociera la situación. Bora, en cambio, mal podía disimular los nervios. Una y otra vez se secaba el sudor de la frente con un pañuelo que ocultaba entre la concavidad de la mano y la manga del saco, como un mago de vodevil. En el bolsillo interior de la chaqueta guardaba una pistola FN belga calibre 7,65; cada tanto llevaba la mano al bolsillo y acariciaba el mango de madera bruñido como si quisiera asegurarse de que aún estaba en su lugar.

Bora era un excelente tirador; así lo había demostrado como teniente de la reserva durante la Primera Guerra. Sin embargo, no hacía falta una gran puntería para dispararse en la sien. Aunque sabía que no debía confiarse demasiado de la eficacia de las balas: de hecho, todavía tenía una alojada en el cráneo como recuerdo de la batalla de Kobarid. No había tocado ningún punto vital pero por temporadas le producía unas jaquecas insoportables. Esta vez no podía permitirse la torpeza de fallar si era descubierto.

Bora nunca pensó que los alemanes habrían de ocupar Budapest como si se tratara de una ciudad enemiga: Hungría

se había amoldado a los designios de Alemania sin discutir demasiado. Aquí y allá podían verse los tanques, las patrullas, los puestos de vigilancia y los camiones de asalto colmados de soldados con uniforme nazi. La Operación Margarethe había hecho de Budapest un coto cerrado. Cazaban judíos del mismo modo que los cazadores atrapaban aves, ciervos y zorros en los bosques de la hacienda de Bora.

El ser humano es proclive a confundir la realidad con sus propios anhelos. Eso fue, precisamente, lo que les había ocurrido a Hanna, a su esposo Andris y a tantos otros judíos. A pesar de la tenaza legal, cada vez más opresiva, jamás imaginaron que podían ser deportados a un infierno en el que muchos se resistían a creer, pero del que nadie regresaba. ¿Dónde quedaba aquel averno? ¿Qué forma tenía? ¿Qué sucedía con los que descendían? ¿Existía realmente? Eran preguntas que Hanna ni siquiera había podido formularse. Y ahora, mientras jadeaba en la penumbra de un baúl para evitar los vahos de los animales muertos y las emanaciones de la trementina, rezaba para que no fueran descubiertos por las patrullas alemanas.

Eran muy pocos aquellos que, como Bora Persay, eran capaces de semejantes actos de filantropía. Andris no sólo era el marido de Hanna sino, además, el peor enemigo de Bora: el hombre con quien su mujer lo había traicionado mientras estaban casados.

Cada vez que pasaban por un puesto de control, a Bora se le cubría la frente con un rocío de sudor gélido. El auto debía detenerse de acuerdo con las indicaciones de los carteles de alerta. Bora Persay era un personaje destacado en Budapest. Su apellido pertenecía a la más rancia aristocracia y formaba parte del árbol genealógico patricio, cuyas raíces se hundían en lo más profundo de la historia húngara. Junto al caño de la pistola, en el fondo del bolsillo interior de la casaca, llevaba su tarjeta personal:

Bora Persay
Ancien Député
Ex Ministre en Qualité de Commissaire
des Biens Nationaux Hongrois A L'étranger
Ex Ministre Plénipotentiaire en Turquie

En realidad, la foja de servicios de Bora no cabía en una pequeña tarjeta. Sin embargo, bajo la ocupación alemana no existían títulos ni honores que valieran. De hecho, el primer ministro, el mismo que había aceptado todas y cada una de las exigencias del Führer, había sido arrestado por las tropas ocupantes.

El Mercedes Benz 770 azul era un arma de doble filo: demasiado señorial para levantar sospechas y excesivamente vistoso para pasar inadvertido. En los sucesivos puestos de control, los soldados se cuadraban ante el paso del auto alemán con identificación diplomática conducido por un chofer de librea. El garboso personaje que viajaba en el asiento trasero vestía un impecable traje veraniego algo extemporáneo para el cuadro bélico que presentaba la ciudad. Aquel aire frívolo, ajeno a las circunstancias, lo eximía de sospechas frente a los ojos vigilantes de los alemanes.

Habían pasado sin sobresaltos todos los controles; nadie los detuvo desde el camino serpenteante que surcaba los bosques y praderas hasta la entrada de Pest ni, luego, al avanzar por la avenida Andrásy. Faltaba poco. Ingresaron sin problemas en el puente. Cuando llegaron a la orilla de Buda, muy cerca de la casa, los detuvo el centinela del puesto de control. Tibor frenó con la mayor suavidad. El soldado dio una vuelta entera alrededor del coche, examinó las placas, oteó hacia el interior y se inclinó frente a la ventanilla de Bora.

—¿Qué trae en el auto?

—Vengo del campo. Traigo algunas piezas de caza y...

—¿Armas? —lo interrumpió el centinela.

—No —mintió Bora mientras el corazón retumbaba contra el mango de la pistola que llevaba en el bolsillo interior—,

no me dedico a la caza. Son regalos de los hombres que cazan en mi finca.

—Identificación —volvió a interrumpir el soldado de mala manera.

Bora descorrió el vidrio que separaba el asiento trasero de la butaca del chofer y pidió a Tibor la documentación del auto que guardaba en la guantera del tablero. Tuvo el impulso de exhibir su tarjeta personal pero temió que pudiera parecer un acto de presunción innecesario. El soldado cotejó las cédulas del auto con la placas y asintió. Estaba a punto de devolverle los papeles cuando volvió a dirigir la mirada hacia la caja de madera sujeta sobre la cola del coche.

—¿Puede abrir el cofre, por favor?

—Por supuesto —dijo Bora con tono sereno al tiempo que descendía del auto.

Se tomó su tiempo. Destrabó las hebillas y, morosamente, hizo correr las tiras de cuero por las presillas; primero una, luego la otra. Abrió la tapa de madera y se hizo a un lado para que el centinela inspeccionara el interior. Más abajo, en el baúl del auto, Hanna y Andris habían podido escuchar las órdenes en alemán que profería el soldado. El cofre de madera estaba asegurado a una rejilla metálica que transmitía perfectamente los sonidos y las vibraciones al interior del baúl. Podían sentir el recorrido de la mano del soldado mientras examinaba el contenido de la caja. Hanna distinguió, incluso, el roce áspero de un anillo. Imaginó la alianza de casamiento, conjeturó la cara de la esposa del centinela y la de sus hijos, rubios y pequeños, que lo esperaban en algún pueblo de Alemania. Necesitaba otorgarle cualidades humanas como el amor a la familia, la piedad, la justicia y la razón. Sabía, sin embargo, que en cuanto el soldado abriera la tapa y los descubriera, los acribillaría sin vacilar. Era el procedimiento.

El soldado levantó los bastidores, miró los paisajes campestres sin distraerse en los detalles pictóricos, extrajo la banqueta plegable y luego abrió los maletines de madera que contenían los óleos y los pinceles.

—Puede cerrarlo —dijo el soldado.

Bora obedeció. Con la misma parsimonia bajó la tapa de madera, volvió a pasar las cintas de cuero por las presillas y finalmente trabó las hebillas.

—¿Puedo seguir mi camino? —preguntó Bora con una sonrisa serena.

El centinela, al ver las gotas de sudor que cubrían la frente del hombre, inquirió:

—Me dijo que traía unas presas de caza...

—Sí, en el baúl.

—Ábralo, por favor.

—Si, claro —dijo Bora, al tiempo que llevaba la mano derecha al interior del saco en cuyo bolsillo guardaba la pistola. Accionó el martillo y calculó el trayecto del brazo para pegarse un tiro certero antes de dejar esa tarea al soldado. Ya habían errado el disparo una vez. Bora no podía permitir que fallaran nuevamente.

En el mismo momento en que iba a extraer el arma, atronó otra voz en alemán.

—¡Pero si es el embajador Persay! —dijo un oficial que había salido del puesto y se dirigía hacia Bora con la mano tendida.

Más pálido que su traje blanco, Bora soltó la pistola, la dejó caer al fondo del bolsillo y estrechó la diestra del mayor del ejército.

—¿No me recuerda? Turquía, 1926... —agregó el militar.

Entonces el húngaro, en medio de la conmoción, a sólo un par de segundos de haber podido quitarse la vida, recobró la vista y la memoria que, por cierto, se le habían nublado por completo.

—Müller, el mayor Roderich Müller —titubeó Bora.

El oficial alemán resultó ser el agregado militar de la Embajada alemana en Turquía cuando él era embajador en Estambul. Las estrechas relaciones políticas y militares entre Hungría y Alemania los reunieron en más de una oportunidad en una u otra sede diplomática. El mundo es más pequeño

que la providencia. Sin soltar la mano de Bora, el oficial, dirigiéndose al centinela, dijo:

—Soldado, está en presencia del mejor pintor de Hungría.

El vigía ignoraba si correspondía cuadrarse ante tan inusual título. De modo que permaneció en silencio con la vista al frente y la certeza de que la requisita había concluido. Bora le dio la bienvenida a su país con una sonrisa tan amplia como forzada, entró en el auto y antes de ordenar a Tibor que prosiguiera la marcha, volvió a meter la mano en el bolsillo interior del saco. Sintió la empuñadura áspera de la pistola y en un movimiento rápido extrajo la tarjeta.

—Venga a verme cuando quiera, mayor Müller.

—No le quepa duda; así lo haré. Cuídese —le dijo, y el pedido se pareció más a una advertencia que a una mera formalidad.

Roderich Müller sabía que la esposa del embajador a la que había conocido en Estambul —recordaba incluso que se llamaba Hanna— era judía.

¿Cuándo se consuma una traición urdida entre un hombre y una mujer? ¿A partir del primer cruce de miradas? ¿Durante el imperceptible estremecimiento que sacude las certezas más firmes como un sismo cuyo epicentro se origina en las entrañas? ¿En el momento en que surge el pensamiento que, con premeditación y alevosía, abre las puertas de la imaginación hacia el abismo de un futuro diferente? ¿Con el primer contacto, un mero roce de manos o, menos aún, con el aire de un susurro que acaricia la piel tras el lóbulo de la oreja? ¿A partir del primer abrazo? ¿Desde el primer beso? ¿Cuando la mano percibe las formas por encima de la ropa? ¿Con el entrelazamiento animal de los cuerpos desnudos? ¿Acaso es la aparición de la palabra que pone nombre a los hechos y a los sentimientos? ¿O la traición se consuma con la sola enunciación de un plan secreto?

Bora se había formulado todas estas interrogantes desde el momento en que descubrió la relación de su esposa con Andris mientras aún estaban casados. Y aun cuando Bora Persay rehízo su vida y se volvió a casar, nunca pudo dejar de preguntarse lo mismo una y otra vez. Incluso mientras Hanna y Andris iban ocultos en el baúl del auto, él, sentado en el asiento trasero, no dejaba de buscar una respuesta a los pensamientos que lo acosaban con la persistencia de una mosca. ¿Realmente lo impulsaba un sentimiento humanitario de piedad o quería impedir que la muerte de Hanna lo condenara a vivir con todas aquellas dudas?

Ninguna de las respuestas que ensayaba Bora se aproximaba a la verdad porque, en rigor, las preguntas no eran las correctas. Hanna había herido a Bora hasta lo más profundo de su corazón. Ella no ignoraba que lo había ofendido de la peor manera que una mujer puede ofender a un hombre. Pero estaba segura de que no lo había traicionado. Hanna nunca había dado una explicación a Bora y Bora jamás se la habría pedido. Procedió de acuerdo con las normas que debía cumplir un hombre bajo aquellas circunstancias: desafió a duelo al ofensor. De hecho, esta era la segunda vez que Bora se apiadaba de la vida de Andris.

El auto avanzó hacia la entrada de la casa. Tibor estacionó frente al portón que antiguamente era la entrada para carruajes, descendió del coche, abrió las pesadas hojas de madera, volvió a sentarse frente al volante, aceleró, entró en la vieja cuadra y, una vez dentro de la residencia, cerró el portón a sus espaldas. En la privacidad del garage, lejos de cualquier mirada extraña, Bora levantó la tapa del baúl y ayudó a salir a Hanna y luego a Andris.

Ella abrió los ojos y reconoció de inmediato la antigua cuadra de los caballos, pese a que ahora estaba techada y convertida en garage. Era la misma casa en la que había vivido hacía más de una década. Intoxicada a causa del encierro, el hedor de los animales muertos y los solventes, tosió como si fuese a expulsar los pulmones por la boca. Cuando al fin cesaron los espasmos, se llenó el pecho con el aire fresco proveniente del jardín.

El perfume de los naranjos amargos que ella misma había plantado le devolvió el oxígeno y le trajo una riada de recuerdos. Presa de la angustia contenida y la emoción de sentirse cobijada otra vez en aquel hogar en el que había sido tan feliz, rompió a llorar como no lo hacía desde que era una niña. Era un llanto desconsolado y silencioso; sabía que nadie debía oírla. Bora sintió el natural impulso de abrazarla como tantas veces lo había hecho; pero ahí, de pie e intentando recomponerse, estaba su marido. Andris tomó las manos temblorosas

de Hanna y le susurró unas palabras al oído. Ella asintió y como quien deglute un inmenso bocado hizo desaparecer el llanto de la misma forma en que lo haría una boa que se tragara un erizo áspero y amargo.

Tibor se limitaba a descargar el auto con una discreción rayana en la inexistencia. De pronto se abrió la pequeña puerta que comunicaba el garage con la casa. Todos dirigieron la mirada hacia la figura que apareció recortada contra la luz de la recepción. No hacían falta presentaciones; Hanna y Andris supieron de inmediato que aquella mujer esbelta y curvilínea era Marga, la actual esposa de Bora.

La dueña de casa cruzó los brazos por delante del pecho generoso y prominente. En esa posición, de pie en el vano de la puerta, contempló a los visitantes con una mirada sumaria, casi despectiva.

—No hay tiempo que perder —dijo Marga con una voz grave y un tono perentorio—, adelante, pasen.

A Hanna le resultó extraño que otra mujer la invitara a entrar en aquella casa que había sido la suya. Hanna y su marido no tenían palabras para agradecer el gesto de la nueva esposa de Bora que, aunque hosca y adusta, recibía a su rival con una generosidad infinita. Los nuevos huéspedes permanecían en silencio mientras la anfitriona los conducía hasta el lugar donde iban a vivir durante los próximos tiempos.

Todas las cortinas de la casa permanecían cerradas para evitar miradas ajenas. Guiados por el paso corto y ligero de Marga, Hanna y Andris recorrían el antiguo caserón de la familia Persay. Detrás iba Bora como un soldado que protegiera la retaguardia de una escuadra.

La casa permanecía inmutable. Nada había cambiado. Hanna la encontró exactamente igual al último día en que vivió en ella. En rigor, la fastuosa residencia no se había modificado desde que la inauguraron. La dura mirada de Béla Persay, bisabuelo de Bora, vigilaba desde el retrato que presidía el salón que el orden de las cosas se mantuviera inalterado. El papel de seda que revestía las paredes, los cuadros, el

perfume, las alfombras, los tapizados de los sillones, las cornamentas de ciervos cazados por el propio Béla, el arreglo de flores sobre la mesa —que parecía renovarse por generación espontánea—, el fuego del hogar —que ardía eternamente como si su extinción significara el fin de la familia cuyo escudo aún se alzaba sobre la columna de la chimenea—, todo permanecía exactamente igual.

A medida que avanzaban entre los amplios salones contiguos, Hanna descubrió que el único factor que alguna vez alteró el orden de la casa había sido ella. Su presencia resultó una excepción, un desorden incidental en aquella sucesión de objetos y de personas admisibles para las tradiciones inmutables de la familia Persay. Mientras recorría su antiguo hogar, Hanna tuvo la súbita revelación de aquello que nunca había podido ver durante los años en los que vivió en la casa: jamás había sido su hogar.

La pertenencia a la casa no era una decisión que alguien pudiera tomar. Al contrario, era la casa quien admitía y quien expulsaba a sus moradores. Ninguno de los cuadros que adornaban las paredes lo había pintado Bora. Ni siquiera él, uno de los mejores pintores europeos, se había atrevido a romper la disposición de los retratos familiares que se sucedían en orden generacional. Todo estaba dispuesto de acuerdo con un dogma tácito que parecía transmitirse por mandato de sangre.

A diferencia de Hanna, Marga combinaba a la perfección con la casa. Parecía una figura tallada por el mismo escultor que había cincelado las pequeñas estatuillas que decoraban la sala. Incluso guardaba un cierto parecido de familia con los Persay, según atestiguaban los retratos. La casa, Hanna lo advertía ahora, había hecho su parte para separarla de Bora.

Al pasar frente a la puerta del escritorio, Hanna reconoció a Helen, el ama de llaves que parecía eterna como la casa. Era la misma anciana de siempre. Se detuvieron y las miradas de ambas se encontraron. Tuvieron el impulso de estrecharse en un largo abrazo. Pero hubiese sido un menoscabo a

la autoridad de Marga, una deshonra para Andris y un acto inadmisibles entre una empleada de la casa y una invitada de la familia. De modo que se limitaron a dedicarse una mutua inclinación de cabeza y una sonrisa silenciosa cargada de señales que sólo ellas conocían.

Andris, en tanto, se sentía un intruso, un convidado de piedra. Sabía que cualquiera fuese el motivo que tuviera Bora para acogerlo, no estaba relacionado con él sino con Hanna. Tenía un sentimiento ambiguo; por un lado estaba agradecido y por otro, lo invadía una sensación humillante. Él, el tercero en discordia, el responsable del divorcio, era recibido por el marido engañado, por el noble caballero que hacía honor a su linaje. Andris no podía competir con la talla moral de Bora. Era, a los ojos de todos los moradores de la casa, un canalla, un miserable sin dignidad ni orgullo. Bora, su viejo enemigo, pagaba la traición con altruismo.

Hanna conocía cada rincón de la casa en la que había vivido durante tantos años. O al menos eso creía. Daba por hecho que se dirigían al sótano bajo la cocina que servía de despensa. Sin embargo, cuando llegaron al pasillo, Marga encaminó los pasos en dirección opuesta. Los condujo hasta la puerta que daba a los jardines, se paró delante del vidrio y elevando una mano ordenó que todos se detuvieran. Debían ser cuidadosos. Tenían que atravesar el jardín hacia la pequeña dependencia del fondo en la que Bora tenía su atelier. Si bien los jardines eran internos y los árboles tenían copas bien frondosas, algunas de las ventanas de las casas vecinas daban al verde fondo de la casa Persay. Bora abrió la puerta y se detuvo en el centro del jardín. Se aseguró de que no hubiese nadie cerca de las ventanas y cuando comprobó que no había peligro, hizo una seña al grupo para que se dirigiera hasta su lugar de trabajo.

Una infinidad de telas pintadas se amontonaban aquí y allá, muchas de las cuales le eran familiares a Hanna; Bora las había pintado hacía muchos años y todavía permanecían en ese mismo sitio esperando la pincelada final. La ex esposa

del dueño de casa dio una vuelta completa sobre sí misma para reencontrarse con aquel atelier en el que tantas horas había posado para su esposo. Ya no quedaba ningún retrato de ella. Marga se había ocupado de borrar todo vestigio de la antigua moradora. Si hubiese sabido que los naranjos que perfumaban el jardín los había plantado Hanna, los habría quitado de raíz.

Bora abrió la puerta de un pequeño desván contiguo y le pidió a Andris que lo ayudara a mover un pesado aparador. Luego de grandes esfuerzos, los hombres consiguieron arrastrarlo hasta la pared opuesta. El piso de madera estaba desteñido en la superficie que ocupaba el mueble. Bora se puso en cuclillas e introdujo cuatro dedos entre dos listones. Tiró fuertemente hacia arriba y entonces se levantó una tapa secreta formada por tres gruesas tablas. Con la ayuda de Andris consiguió abrirla por completo. Hanna ignoraba la existencia de aquel sótano. ¿Cuántas otras cosas desconocía de la casa? ¿Qué más le había ocultado Bora durante los años en que vivieron bajo el mismo techo?

Era hora. Antes de descender al subsuelo, Hanna miró por última vez el cielo nocturno al otro lado del amplio vitral del atelier. Era una noche clara y despejada. La pálida luna en cuarto menguante permitía que las estrellas se vieran brillantes y titilaran con intensidad. ¿Volvería a ver el cielo? Hanna cerró los ojos como si los párpados fuesen el obturador de una cámara fotográfica y guardó esa imagen en la memoria por si acaso nunca más pudiera ver la noche ni el día. Ambos matrimonios evitaron la despedida para despojar el momento de todo dramatismo y, finalmente, Hanna y Andris iniciaron el descenso a través de una escalera vertical de madera. Una vez que los huéspedes desaparecieron en la oscuridad del subsuelo, Bora cerró la abertura. Luego pudieron escuchar con angustia el trepidar de las tablas cuando el dueño de casa volvió a arrastrar el pesado mueble que ocultaba la entrada secreta, como si aquellos movimientos fuesen las paladas finales de un enterrador.

A partir de ese momento los puntos cardinales dejaron de ser cuatro para ser sólo dos: ya no había oriente ni occidente; no había norte ni sur. Sólo había arriba y abajo. Cielo e infierno. Abajo, solos en las oscuras entrañas del averno, Hanna y Andris se abrazaron como quien se afirma a una tabla en medio del río de Caronte. Hubiesen querido llorar hasta deshacerse en lágrimas y, convertidos en agua, correr libres a través de los desagües para fundirse con el Danubio que discurría, caudaloso, tan cercano como inalcanzable. Pero aquella angustia sin medida no pasaba por la garganta. Sólo dejaron escapar una breve queja aguda, espasmódica e inaudible como lo es la tristeza cuando no puede alcanzar su cauce.

Arriba, antes de abandonar el atelier, Bora y Marga se miraron en silencio y así, sin emitir palabra, se dijeron todo. Ella lo atravesó con una mirada gélida e implacable, como si le dijera: «¿Estás conforme ahora que has arruinado la paz de esta casa?»

Bora y Hanna se conocieron cuando él tenía dieciséis años y ella estaba por cumplir los quince. Aquella mañana de verano el padre despertó a Bora poco antes del alba. Todavía tenía las marcas de la almohada en las mejillas; entre sueños, escuchó cómo su padre le ordenaba que preparara los caballos sin explicarle el motivo de la urgencia. Debían emprender un viaje imprevisto. Bora obedeció sin discutir; no entendía por qué no dejaba ese trabajo a los mozos de la cuadra. Se vistió tan rápido como pudo, bebió una taza de té de un sorbo y a la carrera tomó unas rodajas de pan. Corrió hasta el cobertizo mientras tragaba el último bocado. Para su sorpresa, no encontró a los caballos. Tampoco estaban los mozos ni el viejo palafrenero que conducía los carruajes. Deambuló entre las caballerizas vacías sin comprender qué estaba sucediendo. Entonces apuró el paso de vuelta hacia la casa. Su padre leía el diario cómodamente sentado en un sillón de la sala.

—¡Se robaron los caballos! —anunció Bora con el aliento entrecortado.

—No es posible —repuso el padre con el ceño fruncido mientras se ponía de pie.

Padre e hijo se dirigieron a la cuadra. Esta vez salieron por la puerta principal de la casa que conducía a la entrada para carruajes. Entonces, Bora, incrédulo, se frotó los ojos como si todo aquello fuera un sueño o una alucinación. En el lugar donde se estacionaba el landó que utilizaban habitualmente, había un enorme y reluciente Mercedes 90 HP. El auto

combinaba una carrocería de madera con un capot metálico negro y brillante como un espejo de obsidiana. Desde el perfil delantero surgían tres tubos de escape tan plateados que encandilaban. Bora pudo ver su propia y asombrada expresión en el reflejo del marco cromado del radiador. Era el primer Mercedes cabriolet que había llegado a Budapest.

De pie junto al auto, sosteniendo la gorra bajo el brazo, firme como un soldado, había un chofer de librea. Más allá, en un rincón lejano, permanecía el palafrenero con una expresión desolada. De hecho, el viejo cochero nunca antes había visto un automóvil. Lo contemplaba a la distancia como si se tratara de un monstruo que se impulsara tirado por dragones rugientes y fantasmagóricos. Podía asegurar que la bestia de metal y madera lo miraba con un par de feroces ojos de vidrio y acetileno; la boca voraz del radiador dispuesta a devorarse el mundo era una amenaza a su trabajo. Con expresión de derrota, sentado sobre un fardo de heno en un rincón de aquel lugar al que ahora llamaban garage, el palafrenero miraba al chofer con su impecable librea.

Todo el personal de la casa estaba reunido en torno de aquella flamante maravilla autopropulsada. El ama de llaves, la cocinera y la lavandera contemplaban al nuevo integrante de la casa como si fuese un sabio llegado del futuro. No alcanzaban a comprender cómo alguien podía gobernar ese sinfín de pedales, palancas, perillas y manivelas sin soltar el volante. Además, debía leer los relojes del tablero de raíz de nogal que indicaban una cantidad de información vital e indescifrable para los legos. Con oído de músico, podía interpretar cada sonido del motor y, como un domador, administrar la fuerza de la tropilla de caballos de vapor que habitaban los cilindros.

Cuando Bora y su padre se hicieron presentes, el personal se dispersó de pronto como si hubiesen sido descubiertos delinquiendo. Sólo quedó el chofer en su puesto junto al auto, mientras el viejo cochero arrastraba los pies hacia el interior de la cuadra. Bora daba vueltas en torno del Mercedes hasta que su padre lo sacó del ensueño.

—Él es Tibor, el chofer.

Luego, en tono confidencial pero lo suficientemente alto como para que escuchara Tibor, el padre le dijo a Bora que debía obedecer sus indicaciones igual que al capitán de un barco.

La estrella sobre el radiador del Mercedes ejercía una atracción gravitatoria: todas la cabezas giraban a su paso. Los peatones se detenían para mirarlo o incluso cambiaban la dirección de la marcha si venían en sentido opuesto. El auto se adelantaba a los carruajes y a los tranvías como si flotara sobre el empedrado. Bora no podía evitar una gran incomodidad al sentirse el centro de todas las miradas. La expresión del padre, en cambio, era la del orgulloso propietario del único Mercedes 90 HP que rodaba por las calles de Budapest. Como todos los jueves, iban a los baños turcos del Hotel Gellért. Podían haber recorrido a pie las escasas calles que separaban la casa del hotel. Pero el padre de Bora se había impuesto un trámite en Pest para justificar el paseo inaugural e inventar una excusa para llegar al hotel con el auto.

Luego de recorrer la ciudad de un extremo al otro, finalmente ingresaron en el Gellért. Llegaron con el tiempo justo para adelantarse al grupo de amigos del *Vitez* Persay, de modo que lo vieran en la explanada con la flamante adquisición. Bora se apuró a descender del coche y se alejó hacia el parque para evitar el suplicio de la exposición que tanto disfrutaba el padre, mientras los amigos lo felicitaban como si él hubiese sido el creador de aquella maravilla mecánica.

Era tal el revuelo que había causado el Mercedes que nadie prestaba atención a otra cosa. Entonces la mirada de Bora se encontró con un par de ojos negros que, indiferentes al espectáculo que tenía lugar en la entrada, lo observaban con sarcástica compasión. Sentada en un banco del parque, la hija de Jacob Gretz, un comerciante conocido del padre de

Bora, resplandecía con la misma intensidad que los rayos del sol que entibiaban el aire de la mañana.

—Rojo bermellón, ocre, una pizca de amarillo de cadmio... —murmuró involuntariamente entre labios Bora quien, con ojos de estudiante de pintura, compuso in mente el color de aquel pelo idéntico al fuego.

—¿Perdón? —dijo la muchacha que había visto cómo se movían los labios del joven sin que emitieran sonido.

Pese a que se habían visto varias veces, Bora se preguntó cómo jamás había reparado en ella; ni siquiera recordaba cómo se llamaba. Fue para él un descubrimiento. En rigor, sucedió que la pequeña hija del comerciante había crecido de un día para el otro. Tenía la belleza de las flores cuando acaban de abrir el capullo; una hermosura inaugural, todavía frágil como los pétalos tiernos que por primera vez se exponen al rigor de los elementos.

—Rojo, ocre, una pincelada de amarillo... —repitió Bora esta vez en voz alta con los ojos extraviados en aquel pelo flamígero.

Entre la gente que se arremolinaba en torno del Mercedes, el padre de Bora vio a lo lejos cómo su hijo se sentaba en el banco del jardín junto a la muchacha. Le hizo un gesto a la distancia para que entrara con él, pero al ver que Bora lo ignoraba por completo, enfiló hacia la puerta mientras uno de sus amigos le decía:

—¿Quién no hubiese hecho lo mismo a su edad? Entre el perfume de una mujer joven y los vahos de un grupo de viejos semidesnudos cocinándose al vapor no hay mucho que pensar.

—¿Quién es ella? —preguntó el *Vítez* Persay, entre divertido e intrigado.

—La hija de Gretz.

—¿De Jacob Gretz? —se sobresaltó el padre de Bora.

Por fin entró en el hotel junto al grupo. Un gesto de inquietud se le dibujó entre las cejas formando una pequeña arruga vertical que habría de permanecer ahí durante el resto de la mañana.

Por entonces nadie podía imaginar que aquel encuentro fortuito sería el inicio de una historia que habría de trascender generaciones y geografías.

